

La Pluma del Pingüino

Luisa Ventura

¡BOCA SUCIA!

El presente artículo está escrito con una pluma de pingüino. No es fácil conseguir una pluma de este tipo, ni siquiera aquí, en Sudamérica, donde los pingüinos abundan. Es que ellos no suelen ser generosos en lo que a su plumaje se refiere. Esta pluma fue conseguida mediante una treta bastante común. Estando frente al pingüino, señalé a sus espaldas y dije: "Mirá...un pescado". Él se dio vuelta y en ese instante, aproveché para robarle una plumita. El pingüino no me lo ha perdonado aún y francamente nunca pensé que tuviera tanto talento para decir malas palabras. Una verdadera catarata de palabrotas brotó de ese pico. No tiene sentido que las escriba aquí, ya que son malas palabras pronunciadas en el más puro acento argentino, que precedidas de un "che" cobran mayor énfasis, pero que los lectores españoles no podrían comprender. Es que las malas palabras no son las mismas en todas partes, cambian de país en país y a veces, de ciudad en ciudad. Lo que allá está bien hablado, aquí es una mala palabra y a la inversa. A propósito de esto es menester recordar a mi primo que se enamoró perdidamente de una española y no tuvo más opción que mudarse a España, ya que ella se llamaba "Concha Inmaculada".

Eso de que hay palabras malas, no es algo con lo que yo esté totalmente de acuerdo. Quiero decir, si las palabras sirven para comunicarnos entre nosotros, y siendo que la comunicación es indispensable para la buena convivencia, no resulta lógico que pueda haber algunas consideradas malas. En el III Congreso Internacional de la Lengua Española que se realizó en la Ciudad de Rosario en 2004, Roberto Fontanarrosa tuvo una participación que vale la pena mencionar. Con cara de inocente preguntó: "¿Por qué son malas las malas palabras? ¿Les pegan a las buenas?".

Las palabrotas se van modificando con el paso del tiempo y hasta llegan a cambiar su significado, como ocurrió aquí en Argentina con "trola" que significaba "lesbiana" y que ahora se volvió sinónimo de "prostituta" también llamada "gato", que en México sería "retozona", "loba" en Ecuador y "fleje" en Puerto Rico. Por su parte, "diarrea" es "seguidilla" en México y "churreta" en Chile, pero eso sí, es incómoda en todas partes.

En la provincia de Santiago del Estero, en Argentina, casi no existen mujeres llamadas Laura, ya que la división de la palabra en La-ura tiene connotaciones groseras, pues “ura” es el nombre que vulgarmente toman los genitales femeninos y a nadie le gusta llamarse así. La tierna plantita de interior *Scindapsus Aureus*, conocida como “poto”, padece en Chile verdaderos problemas con su nombre igual al que se usa para nombrar aquella parte del cuerpo que todos usamos para sentarnos.

En México, la palabra “albóndigas”, tiene menos que ver con la comida de lo que uno pensaría, aunque sin perder su redondez. Es que estos mexicanos, hasta la santa palabra “madre” la usan como palabrota y hay que ver lo bien que queda, sobretodo en caso de lastimarse el dedo chiquito del pie con la pata de la cama.

“Carajo” es el nombre del espacio ubicado en la parte más alta de los mástiles de las antiguas carabelas, pero el uso le ha ido dando otro significado que bien conocemos. El español Camilo José Cela, Premio Nobel de Literatura, en su “Diccionario Secreto” se dedica al estudio de la palabra “carajo”. Su conclusión es que de ella, se han originado un sinfín de expresiones eufemísticas como “caray”, “cáspita”, “caramba” y “caracoles”.

Cervantes era bastante propenso a usar ese tipo de palabras, pero sin duda que Quevedo se lleva la medalla con su ensayo: “Gracias y desgracias del ojo del culo, dirigidas a Doña Juana Mucha, Montón de Carne, Mujer gorda por arrobas”. Por si el título fuera poco, luego agrega: “Escribiólas Juan Lamas, el del camisón cagado”.

Borges evitaba escribir palabrotas, pero hablando era otra cosa. A la hora de hablar, le gustaban las malas palabras, sobre todo las más tradicionales como “manflora” o “manflorón”, que en Argentina significa “homosexual” y en México, “prostituta”.

Las palabrotas adquieren su más profundo significado en la intención de quien las dice, eso se nota en la entonación. De quien usa las malas palabras se dice que es boca sucia o mal hablado. Pero la verdad es que hay palabrotas que a todos nos han servido más de una vez. Yo estoy a favor del uso de las malas palabras que enriquecen el vocabulario y liberan tensiones, pues además, sirven para reconocer a un amigo, porque sólo se dicen palabrotas cuando uno está con alguien de muchísima confianza. Por eso comienzo esta columna “La pluma del pingüino” con este artículo lleno de cariñosas malas palabras que demuestran mi agradecimiento a “El Puente” y mi más sincero aprecio por usted amigo lector.

Claro que una cosa es decir un par de palabrotas de vez en cuando y otra muy distinta estar dale que dale con los improperios, como ese pingüino maleducado. ¡Tanto lío por una pluma! ¡Un poco de distinción recórcholis!